

D Ú O
2 LIBROS EN 1

La Ilustración

Gonçal Mayos

La Ilustración fue una corriente europea del siglo XVIII. Se trataba de un movimiento de ideas que aspiraba a mejorar costumbres y formas de gobierno. Este libro traza con detalle el mapa de los grandes protagonistas y acontecimientos de la época hasta llegar a la Revolución francesa.

¡Dos libros en uno!

Detrás, "Los derechos humanos",
de José Vicente Mestre Chust



EDITORIAL UOC

La Ilustración

Gonçal Mayos

Gonçal Mayos

Gonçal Mayos es profesor titular de Filosofía en la Universitat de Barcelona y consultor de la Universitat Oberta de Catalunya.

Web universitario: www.ub.es/histofilosofia/gmayos

Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición: diciembre de 2007

© Gonçal Mayos, del texto

© José Vicente Mestre Chust, del texto

© Editorial UOC, de esta edición

Rambla del Poblenou, 156

08018 Barcelona

www.editorialuoc.com

Realización editorial: MEDIAactive,S.L.

Impresión: Ediciones Gráficas Rey, S.L.

ISBN: 978-84-9788-687-1

Depósito Legal: B-56.276-2007

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño general y de la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, tanto si es eléctrico, como químico, mecánico, óptico, de grabación, de fotocopia, o por otros métodos, sin la autorización previa por escrito de los titulares del copyright.

Nuestro contrato

Este libro le interesará si quiere saber:

- Cuáles son las ideas y los pensadores básicos de la Ilustración.
- Cuál es el contexto histórico, social y político en el que se desarrolló.
- En cuántos períodos y momentos se puede distinguir su desarrollo.
- Qué interpretaciones más importantes se han dado.
- Qué papel ha tenido la Ilustración en la historia humana y cuál ha sido su legado.

Índice de contenidos

Nuestro contrato	5
Unas esperanzas comunes	9
QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN	11
¿Una Ilustración eterna?	12
¿La Ilustración se pierde en la diversidad?	14
Un mínimo marco común	17
Ilustraciones	18
LOS INICIOS (1688-1723)	21
Un gran cambio geopolítico	21
Los librepensadores	25
Relación con la alta cultura oficial	32
Más allá de una Ilustración burguesa y liberal	35
LA CONSOLIDACIÓN (1723-1750)	39
El despotismo ilustrado	39
Se impone la Ilustración francesa?	44
El entorno de Hume	44
El mundo germánico y otros países	44
TRIUNFO Y AUTOCRÍTICA (1774-1789)	49
La expansión británica y rusa	49
La segunda generación ilustrada	52
EL INICIO DE LAS REVOLUCIONES (1774-1789)	63
La independencia americana	63
El ideal del progreso indefinido	66

La revolución inapercibida	71
REVOLUCIÓN FRANCESA:	
ENTUSIASMO Y TERROR (1789-1806)	75
La inesperada radicalización.....	77
Las características de la Revolución.....	79
De Marat a Robespierre.....	82
Como acaba?	86
Bibliografía.....	91

Unas esperanzas comunes

Es evidente que la mayor parte de los pensadores y personajes que llamaremos “ilustrados” no pudo considerarse así. El término no se había creado; como mucho se hablaba de “luces” o se decía que había que “ilustrarse”. En medio de los múltiples conflictos y de las diversidades, era difícil imaginarse que había una actitud o perspectiva “ilustrada” común y, aún menos, que podía haber algo parecido a un “movimiento ilustrado”.

Sin embargo, tratando de dar respuesta a los problemas de su tiempo, muchos pensadores del siglo XVIII comenzaban a poner de manifiesto algo básico y común. Ciertamente, no había ninguna visión unitaria del pasado, ningún diagnóstico compartido sobre el presente ni tampoco ningún proyecto de futuro en el que todo el mundo coincidiese.

Si había alguna cosa común, nadie la asumía en todos sus aspectos; pero sí que había cierto aire de familia en las actitudes y las esperanzas, en los ideales, en lo que se rechazaba y en lo que había que cambiar, en las experiencias vividas y en la visión de la condición humana.

QUÉ ES LA ILUSTRACIÓN

Desde la distancia crítica y los numerosos estudios de aquella época, intentaremos definir con un poco de precisión qué fue la Ilustración. Seguramente no podremos destacar una definición única como pretendieron hacer los grandes estudiosos clásicos como, por ejemplo, Hegel en la *Historia de la filosofía* o en las *Lecciones de filosofía de la historia universal*.

Hegel vincula la Ilustración al proceso moderno que prioriza la reflexión racional del sujeto pensante humano, pero critica su abstracción, la unilateralidad y la frialdad analítica, dicotomizadora y que “solidifica las diferencias”. Es lo que impide –piensa Hegel– toda reconciliación o síntesis dialéctica y que tiene como consecuencia inevitable la violencia de la Revolución francesa.

Por su parte, Ernst Cassirer, en la *Filosofía de la Ilustración*, destaca la reformulación de la naturaleza misma de la filosofía. Recuperando la actitud filosófica más auténtica, la Ilustración evita caer ante “el espíritu de sistema” que quiere “encarcelar” todos y cada uno de los saberes, pero sin ser asistemática. Da gran importancia al análisis y la clasificación rigurosas, pero evita partir de principios metafísicos indemostrables. Así, prioriza las preocupaciones más vitales, dentro de una unidad de método, una mentalidad o una forma de pensar que hay que llamar “ilustrada”.

Paul Hazard, en *La crisis de la conciencia europea* y *El pensamiento europeo del siglo XVIII*, define la Ilustración como la época en la que explota el gran conflicto larvado durante mucho tiempo en contra del dominio total del cristianismo. Así, abre un conflictivo proceso de ruptura descristianizadora, secularizadora y desacralizadora presidida por la emancipación de la razón humana.

La crítica ilustrada va sobre todo en contra de la concepción religiosa de la vida, pero sin provocar ningún vacío pues los ilustrados eran tan críticos y destructivos del pasado como proyectadores y constructores del futuro. Por eso Hazard rechaza incluir en su análisis “a los apasionados y místicos” del siglo XVIII (que había muchos, reconoce) y también considera inevitable que la radical necesidad de renovación de los ilustrados acabase en una violenta revolución política y social.

¿Una Ilustración eterna?

No podremos considerar la Ilustración como una tendencia casi eterna y consustancial al hombre: algo que ya estaba presente muy atrás en la historia, pero que sólo cuajó o se convirtió en dominante en el siglo XVIII, hasta el punto que mereció el nombre de “siglo de las luces”.

No podremos seguir a Friedrich Nietzsche, que la ve triunfar en la constitución de la razón durante la significativamente llamada “Ilustración griega” del siglo V aC., y que tiene en el final de la tragedia ática (debido a Eurípides y Sócrates) el signo cultural más profundo.

Tampoco emularemos a Max Horkheimer y Theodor Adorno, que en *La dialéctica de la Ilustración*, saludan a Ulises como el primer hombre “burgués” y hacen de él un símbolo de la Ilustración. Para ellos la Ilustración, más que un momento histórico, es sobre todo la problemática esencial

del hombre actual y, también, de toda la historia humana sin excepción.

Con su razón instrumental y su voluntad de hacer al hombre amo del mundo, la Ilustración es el vector clave de Occidente y, por lo tanto, no han acabado aún sus profundas consecuencias ambivalentes (al mismo tiempo emancipadoras y peligrosamente totalitarias). Incluyen, por ejemplo, las guerras mundiales, el fascismo y Auschwitz, ya que, asombrosamente, “la humanidad en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano [que ha sido siempre la promesa de la Ilustración], desembocó en un nuevo tipo de barbarie” y en una nueva mitología, especialmente cuando el proceso ilustrador pasó a ser monolítico y olvidó la autocrítica.

Peter Sloterdijk en la *Crítica de la razón cínica* también presenta una visión suprahistórica de la Ilustración, como una tendencia permanente en la humanidad que él encuentra muy vinculada a la corriente cínica del pensamiento occidental. También para Sloterdijk, la Ilustración tiene una oscura e íntima relación con los que en principio parecen ser sus enemigos irrenunciables, ya que “a sus triunfales ‘procesos de aprendizaje’ les siguen, como una sombra, catastróficos procesos de desaprendizaje”. Així Sloterdijk considera el actual triunfo del peor cinismo como una consecuencia directa (aunque indeseada) de la Ilustración: lo terrorífico que debía ser evitado surge de nuevo y lo hace desde dentro del remedio.

La desconfianza generalizada ha tendido a igualar los peligros y a provocar tal desorientación y cansancio, que la gente acaba abrazando el cinismo más acomodaticio. Esto obliga –piensa Sloterdijk– a que hoy no se pueda ser fiel a la Ilustración, si no es desde cierta infidelidad.

¿La Ilustración se pierde en la diversidad?

También deberemos ir más allá de interesantes interpretaciones pero demasiado unilaterales, ya sea en contra o a favor, como las de Lyotard o Habermas. Nosotros haremos un análisis más matizado, a pesar de que de alguna manera la Ilustración (como dice Lyotard en *La condición postmoderna*) es uno de los grandes macrorelatos modernos que la postmodernidad debe superar y que, por otro lado, también es cierto que la Ilustración, en cuanto parte esencial de la Modernidad, es un proceso aún inacabado y que reclama que se complete, como dice Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad*.

Nos moveremos próximos a análisis más equilibrados, al mismo tiempo críticos y reivindicadores de las grandes aportaciones ilustradas, como las de Armando Plebe, Michel Foucault y muchos estudiosos actuales. Pero también —en la medida en que podamos— evitaremos abdicar de la tarea de dar un mínimo sentido global y unitario al término “Ilustración”.

Mayoritariamente, hoy, los estudiosos tienden a apartarse de las grandes interpretaciones clásicas (ciertamente demasiado esencialistas y monolíticas), así como también de las suprahistóricas (demasiado abstractas y poco discriminadoras), si bien eso suele provocar también una peligrosa confusión y falta de visión de conjunto. Es la causa, seguramente, de la excesiva y radical especialización de los estudios académicos, junto con una preocupación creciente por el análisis “micro” en detrimento del “macro”.

Esto provoca afirmaciones, muy probablemente tan rigurosas como cómodas, que desorientan y desalientan a quien quiere iniciarse en problemáticas como la “Ilustración”. Sólo como ejemplos indicativos, apuntamos muy brevemente algunas.

Jean Deprun, en “Filosofía y problemática de las Luces” en la *Enciclopedia de la Pléyade*, avisa que “la filosofía de las Luces es muy rica: rica hasta chasquear, e incluso a explotar si se intenta reducir a un modelo único”, estalla “en tantas constelaciones intelectuales como yugos puede superar el espíritu de liberación, instrumentos conceptuales adoptar, estilos inventar o aceptar”.

Georges Gusdorf, que dedica a la Ilustración los volúmenes IV, V y VI de su monumental *Las ciencias humanas y el pensamiento occidental*, predice que “el historiador que se imaginase poder extraer un sentido unitario y definitivo [del siglo XVIII] testimoniaría por este simple hecho una incompreensión terriblemente ingenua”.

El director del importante instituto parisiense dedicado a la producción escrita, Roger Chartier, niega en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII* que la Ilustración ocupe íntegramente ese siglo. Muy al contrario, remarca que en él hay muchas otras formas de pensamiento y de mentalidades que a menudo no se expresan del todo públicamente o en el discurso social dominante y que, por eso, no se valoran o anacrónicamente son remitidas a otros movimientos y épocas, a menudo considerándolas simplemente como meras reminiscencias del pasado.

Los historiadores de la cultura y del arte (como George Rudé en *Europa en el siglo XVIII*, Arnold Hauser en *Historia social de la literatura y del arte* o Hugh Honour en el *El Romanticismo*) evitan el término “Ilustración” para referirse a todo el siglo XVIII y no lo usan en absoluto para referirse al arte (del que se habla en términos de barroco, rococó, neoclasicismo o romanticismo, pero nunca de arte ilustrado). Normalmente sólo usan “Ilustración” para el ámbito concreto de la filosofía.

En *El mundo hispánico en el siglo de las luces*, el profesor de la Universidad Libre de Bruselas Roland Mortier habla claramente de “Múltiple siglo XVIII”. Reconociendo la “diversidad espacial, temporal y conceptual” de la Ilustración, considera “abusivo y bastante mal método querer unificar y discernir con demasiado rigor una realidad en movimiento hasta el punto que a veces parece contradictoria.” “Así como no hay una Europa homogénea de la Ilustración, tampoco hay una ideología sistemática de la Ilustración, ni ningún estilo único.”

En “Lumières’, ‘Aufklärung’: Una nota sobre semántica”, “La debilidad de la razón en la edad de la Ilustración” y a la *Enciclopedia de la Pléyade*, Giorgio Tonelli opta por usar el término “Luces” o “*Aufklärung*” “lo menos posible: da ocasión a demasiadas controversias.” Para él, “la época de las Luces, en tanto en cuanto fenómeno europeo de conjunto, no es más que una quimera, excepto que nos atendamos a ciertas vagas generalidades como el ‘humanitarismo’, la ‘difusión del saber’ o el ‘patriotismo’”. Finalmente y como única solución posible, Tonelli acaba afirmando: “No nos queda sino refugiarnos en criterios cronológicos”.

Esta es ahora mismo una de las opciones más habituales en los estudiosos, pero no hay que olvidar que en absoluto resuelve los problemas de fondo y que la gente nos pide alguna cosa más. La diversidad, la profundidad y el nivel de detalle de los estudios actuales sobre la “Ilustración” han mostrado hasta tal punto la diversidad que se esconde detrás de esta denominación, que a menudo se propone rechazarla y sustituirla por otras supuestamente más neutras y objetivamente cronológicas como “siglo XVIII”, además de, por descontado, limitarse estrictamente a Europa y a sus colonias más desarrolladas.

Las revistas

Es significativo que las revistas actuales más importantes que tratan la “Ilustración” evitan referirse a ella en sus títulos como movimiento concreto. Predominan claramente las denominaciones cronológicas del tipo “siglo XVIII”, que permiten atender también a personajes y fenómenos considerados tradicionalmente como poco “ilustrados”: *Dix-Huitième Siècle*, que se edita desde 1968, *Studies on Voltaire and Eighteenth Century* (desde 1955), *British Journal for Eighteenth-Century Studies* (desde 1978), la del *Groupe d’Etude du XVIIIe siècle* de Bruselas (1972) o el *Centre d’Etudes du XVIIIe siècle* (CNRS) de Montpellier.

También es la idea que preside la bibliografía más completa del XVIII: P.M. Conlon, *Le Siècle des Lumières. Bibliographie chronologique*, y también sería seguramente la opinión de una amplia mayoría de los 8.418 investigadores identificados en el *International Directory of Eighteenth-century Studies*. En España está la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII (Salamanca), que publica los *Cuadernos dieciochistas. Revista consagrada al estudio de la historia, el pensamiento, la literatura, el arte y la ciencia del siglo XVIII*. En cambio rompe la tendencia el Grupo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, que edita una revista titulada (mezclando precisamente lo que a menudo se considera inconmensurable): *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*.

Un mínimo marco común

La renuncia fácil a utilizar términos como “Ilustración” y a determinar unos mínimos rasgos comunes provoca el desconcierto y la casi total desatención de las grandes coordenadas evolutivas. Bajo la pretensión de gran rigor, sólo se logra disminuir el interés y la sana curiosidad. Por eso en este libro trataremos de reconstruir un mínimo marco común “macrohistórico y macrofilosófico” que —a pesar de todas las diferencias— nos permita apuntar alguna unidad común a todo el período ilustrado.

Detrás del aire de familia hay que orientarse hacia una especie de “paradigma”, una “episteme”, una “mentalidad”, una

“cosmovisión”, una “actitud más o menos psicológica” o, por lo menos, un “espíritu” o un “estilo” comunes y compartidos.

Consideramos la Ilustración como un proceso de larga duración en evolución interna y que se relaciona con otros procesos superpuestos (algunos de los cuales lo pueden contener al ser más largos, globales y básicos, como la misma Modernidad). Lo analizamos como un proceso que no se inscribe sólo en la alta cultura sino en el marco más decisivo y fundamental de la mentalidad y de los modos de vida sociales. Procuraremos en adelante dar el máximo de claves y datos para que se pueda captar tanto la enorme diversidad de la Ilustración como, también, los rasgos básicos de su unidad e importancia global para la historia humana.

Ilustraciones

Hay que remarcar que las ideas y la sociedad ilustradas no aparecen en todas partes igual y en el mismo momento. Los contextos sociales, culturales, económicos y políticos son muy diversos, y son la causa de que tengamos que hablar de una multiplicidad de ilustraciones, que los estudiosos actuales normalmente designan con los términos de las diversas lenguas: *enlightenment* para el mundo anglohablante (a menudo especificando la escocesa, irlandesa o americana), *lumières* para el francohablante, *Aufklärung* para el hablante de lengua alemana, *lumi* para el italiano, “luces” para el castellanohablante.

Se manifiesta una relativamente diversa evolución según los ámbitos lingüísticos y nacionales donde arraigan los factores ilustrados y por eso la mayor parte de los estudiosos actuales tienden a usar *Lumières*, *Aufklärung*, *Enlightenment*, *Illuminismo* como “términos técnicos” y evitan traducirlos sistemáticamente entre sí. No es preciso decir que eso no se había producido nunca antes; es una novedad con respecto a los siglos

anteriores en los que el mundo cultural europeo estaba mucho más unido y aún presidido por el uso compartido del latín.

Algunos estudiosos actuales señalan este hecho como la muestra de que la Europa del XVIII ya prácticamente ha culminado el proceso (que se inicia en el XVI y en algunas sitios en el XV) de “nacionalización de la cultura”, a pesar de que continuará con los posteriores conflictos “nacionalistas” en la medida en que se querrán incorporar nuevas realidades nacionales y estatales.

Así, a pesar de la voluntad cosmopolita de los pensadores ilustrados y de su convicción de representar cierta “república de las letras” internacional y que aspira a representar a la “humanidad”, está claro que las grandes monarquías y estados han logrado cierta unificación política y cultural que confieren a sus ciudadanos un carácter “nacional” y cultural específico.

Es indiscutible que por ejemplo Voltaire y Diderot viajarán por gran parte de Europa y serán acogidos en cortes lejanas como grandes sabios de la humanidad, pero al mismo tiempo como representantes de la cultura considerada más poderosa por aquel entonces: la francesa. Ésta se ha convertido en símbolo de “modernización” y por eso muchas élites de otros países conscientemente la quieren importar y adaptar a su contexto y necesidades.

Es un proceso similar al que también hizo el mismo Voltaire cuando en su exilio inglés intentó absorber las nuevas ideas y realidades que vivió para mirar de trasplantarlas a Francia, o Franklin buscando en Francia complicidades para la Revolución americana.

Sin embargo, en todos los casos, no debemos ver señales “de apatridismo” sino todo lo contrario, eran actas de servicio a la patria (tanto como a la humanidad) y siempre fueron acogidos como sabios representantes de la humanidad y, al mismo tiempo, de los respectivos países y culturas.

Reconociendo la multiplicidad de ritmos y especificidades del movimiento ilustrado, podemos ver un macroproceso básico. Primero, Gran Bretaña, junto con las Provincias Unidas holandesas, engendran la mayor parte de los valores fundamentales de la Ilustración. Segundo, estos son recibidos por Francia y “naturalizados” hasta llegar a perderse la memoria del origen británico u holandés. En tercer lugar, Francia los expande y difunde por Europa, donde son recibidos como “producto de importación” de un movimiento ya definido y, por lo tanto, en gran medida de una manera más libresca, extrangerizadora, elitista y “afrancesada”: este suele ser el caso del mundo germánico, Rusia, la Europa del Este, las penínsulas Ibérica e Itálica. Ello provocó que en estos territorios a menudo el ilustrado fuera considerado con desconfianza como un partidario de lo extranjero o un afrancesado.

Aquí hay ya una de las primeras paradojas de la Ilustración porque si bien los propagandistas de la Ilustración fueron franceses, sus santos patrones y pioneros fueron ingleses: Bacon, Locke, Newton. A menudo se ha magnificado la importancia de la Ilustración francesa, que no es más creativa intelectualmente, a pesar de que sí que es la que tiene más eco en toda Europa, seguramente por la caja de resonancia de las cortes de modelo versallesco.

Precisamente, teniendo en cuenta este inicio británico y holandés, podría establecerse un período para la Ilustración como etapa histórica (superando la división en siglos) que iría de la Revolución inglesa (1688) a la Revolución francesa (1789), que nosotros alargamos hasta el momento álgido de Napoleón (más o menos hasta 1808). Seguimos a Gusdorf en la idea de que “una justa apreciación del siglo de las Luces llevará a preferir, pues, los límites amplios a los cortos, para reconocer su amplitud en esta aventura de la conciencia europea”.

LOS INICIOS (1688-1723)

El período constitutivo de las ideas y estructuras de la Ilustración, del nuevo modelo de filósofo “librepensador” y de lo que Paul Hazard llamó la “crisis de la conciencia europea” se inicia el 1688, fecha de la Revolución inglesa “Gloriosa”, que da origen a la monarquía constitucional de Guillermo II de Orange.

Este importante hecho político se superpone a acontecimientos culturales tan significativos como la publicación, en 1682 y en Holanda, de los *Pensamientos sobre el cometa*, de Pierre Bayle, “habitualmente considerado el texto fundacional del movimiento”; de los *Philosophia naturalis principia mathematica*, de Newton en 1687 y, en 1690, de *Ensayo sobre el entendimiento humano*, *Dos tratados de gobierno* y *Cartas sobre la tolerancia* de Locke.

Hemos situado el final de este momento constitutivo en 1723 cuando, en Francia, pasó a gobernar directamente Luis XV después de la regencia del duque de Orleans, que viene a significar el auténtico final de la era de Luis XIV.

Un gran cambio geopolítico

A finales del XVII e inicios del XVIII estamos en una época de gran cambio geopolítico, a pesar de que aparentemente

te es un momento más tranquilo que no el “siglo de hierro” anterior. Así, hay que relativizar el tópico del predominio de Francia en ese momento, a pesar de que ciertamente el francés es la lengua de la diplomacia, de las cortes y, por lo tanto, de la alta cultura oficial intereuropea. Pero visto en perspectiva cabe pensar que el inglés (en sustitución del holandés y el italiano) ya comenzaba a ser el idioma de los negocios burgueses, de las grandes colonias y del futuro.

Hay que reconocer que a la muerte de Luis XIV, en 1715, Francia es un Estado absolutista centralizado, estrictamente organizado, con el mejor ejército del momento (pero no por lo que respecta a la armada). Se acaba Versalles (1708) y Francia consolida su liderazgo en el continente, sin embargo, al mismo tiempo, aparecen las primeras grandes bancarrotas financieras y la modernización economicosocial francesa se paraliza notablemente.

España y Portugal en decadencia

Por otro lado, Europa central supera definitivamente la dinámica y los terribles costes de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), pero ya no es el centro político europeo. Aquella guerra acabó con las pretensiones de dominio del emperador (Sacro Imperio Cristiano Germánico) y del papa, al mismo tiempo que en el Imperio español se comienza a poner el sol y el portugués traquetera manifiestamente. En el fondo, los dos dejan de ser grandes potencias.

En España, el siglo comienza con la Guerra de Sucesión, que la empobrece aún más, especialmente en los territorios con más fundamentos comerciales y burgueses (Cataluña, Valencia, Mallorca). En 1713, la monarquía española debe ceder incluso el monopolio del tráfico de esclavos con América a

los británicos y, poco después, pierde autonomía política, y se subordina a la órbita francesa.

Además, la consolidación del absolutismo más centralista (pérdida de los múltiples fueros y libertades) va paralela a la pérdida territorial (territorios centroeuropeos, Menorca, Gibraltar, Rossellón), mientras que en la posterior política internacional no consolidará ninguno de sus derechos sobre las antiguas posesiones (Italia, Orán). Por otro lado, los resultados en la hacienda son nefastos, y la monarquía cae en constantes bancarrotas, a pesar de los intentos de revitalización como la transferencia de la Casa de Contratación de Sevilla a Cádiz (1729).

Potencias en expansión

Mientras todos los países de despotismo de Estado (Francia, España) caen en grandes bancarrotas estatales, Gran Bretaña se salvó significativamente gracias a su sistema financiero y a la alianza con los grandes capitales burgueses. Se ha constituido como una monarquía constitucional y abre un largo gobierno efectivo de los *whig* partidarios del parlamento y protoliberales. Por eso entusiasma a los librepensadores ilustrados, y pasó a ser el gran modelo que sustituye en el imaginario intelectual a los Países Bajos, a pesar de que éstos aún permiten más tolerancia y continúan siendo la capital de edición de libros censurados.

Hay que evitar exagerar el grado de “liberalismo” logrado por los británicos sin embargo ya que, como dice Josep Fontana, “permitió obtener, sin apariencia de subversión ni recurso a la movilización de las masas, unos objetivos similares a los que se habían querido lograr inicialmente en 1641: un sistema político representativo –que Hume describió como ‘un príncipe hereditario, una nobleza sin vasallos y un pueblo

que vota a través de sus representantes’— controlado por la alianza agraria capitalista que había eliminado los bloqueos del ‘feudalismo bastardo’ y una clase de empresarios mercantiles orientada a los grandes negocios del comercio exterior, la expansión colonial y la financiación de la guerra. Esta alianza se aseguraba el control del Gobierno real limitando los recursos de los que éste disponía, votándolos cada año en el Parlamento y creando una fuerte administración burocrática que manejaba de hecho la mayor parte de ese dinero. Sobre estas bazas se asentaría el doble proceso de la llamada ‘revolución financiera’ y de la expansión comercial, que serían elementos esenciales del crecimiento económico británico”.

Como suele pasar, poder e ideas van juntos y Gran Bretaña pasa a ser la nueva potencia dominante, por cuatro complejos y largos procesos enlazados, a través de los cuales logrará imponer su liderazgo. Primero, a partir de la mitad del siglo XVII, al poner la agricultura al servicio de estrategias comerciales y capitalistas, incluyendo brutales “cierres de tierras”. Segundo, a partir del XVIII, en el desarrollo comercial, marítimo y financiero. Tercero, a partir de 1780, en el desarrollo industrial. Y cuarto, al triunfar en el reparto colonial, ya facilitado por el desarrollo comercial, marítimo y financiero, pero sólo consolidado después de su victoria militar sobre Francia.

En un largo y complejo proceso, Gran Bretaña comienza superando y sustituyendo a las antiguas potencias (Portugal, que pasó a su órbita, y España), después a su inicial competidora (Holanda) y, finalmente, pese al importante tropiezo de la independencia de las trece colonias norteamericanas, la nueva potencia política y militar, Francia.

Naturalmente, también aparecen nuevas grandes potencias, pero aún deben modernizarse y su eclosión será posterior. Las tres más importantes son Prusia (que se consolida —en pugna con Suecia y Francia— hacia 1680), el Imperio austrohúngaro

(que incluye territorios tan lejanos y diversos social y políticamente como Bohemia, Moravia, Tirol, Aquisgrán, Milán, Toscana, Transilvania, Serbia-Valaquia, Galizia, y estados que entonces no existían como Bélgica, Luxemburgo, Eslovenia, Croacia) y Rusia (que lleva a cabo una enorme expansión territorial por Siberia, Ucrania y los territorios turcos).

Los librepensadores

Newton como modelo

La Ilustración se origina reaccionando básicamente en contra del racionalismo continental del XVII, al mismo tiempo que se inspira en el empirismo británico, especialmente desde una mítica (y no correcta del todo) interpretación que convierte a Newton en el modelo.

Ello hace que la Ilustración en general (excepto la alemana marcada por el wolfismo) acepte la apologética newtoniana que afirma desmarcar totalmente metafísica de ciencia. Por eso, a pesar del imprescindible papel que los racionalistas del XVII tuvieron en la nueva ciencia física matemática, la Ilustración se aparta de ellos sobre todo por dos motivos: haber pretendido atar —en tanto en cuanto necesaria fundamentación— la metafísica a la ciencia y haber construido grandes sistemas omnicomprensivos y totalizadores.

Por eso, los ilustrados se sienten más próximos a los empiristas que habían criticado las a menudo antiintuitivas pretensiones metafísicas de los racionalistas, la dependencia de las ideas innatas y el menosprecio de lo sensible; y, poniendo un renovado énfasis en la experiencia y el dato sensible, también habían planteando una filosofía y un tipo de filósofo más volcado sobre la vida y la política.

En consecuencia, los ilustrados tienden a renunciar a los sistemas totalizadores y optan por un discurso filosófico más directo, libre, de intervención puntual y actual, comprensible generalmente por el pueblo culto. Es un tipo de discurso más incisivo, claro y de interés generalizado, pero también más fragmentario, circunstancial, menos sistemático, en el que el tratado es sustituido por el discurso, por el ensayo o, incluso, por el panfleto. La filosofía y el pensamiento se popularizan y como nunca antes llegan a un público culto amplio y ansioso de tener noticias. Naturalmente el estilo literario dominante cambiará con esta evolución.

Pero los primeros ilustrados también elaboran una influyente reinterpretación de la historia. Así por ejemplo se radicalizó la interpretación humanista de Grecia y Roma y de la Edad media. Grecia devino la cima de la racionalidad, ahora completamente depurada de planteamientos esotéricos, simbólicos, mágicos, herméticos e, incluso, mitológicos (que habían interesado mucho durante el Renacimiento).

Así, es una creación básicamente ilustrada la imagen monolítica de una Grecia clásica apolínea, austera y ascética, democrática o por lo menos marcada por la libre acción política de los ciudadanos, donde predomina el *apatheia*, sobria y plenamente equilibrada, totalmente racionalista.

Muchos de estos elementos aún eran más acentuados en la imagen ilustrada de Roma, especialmente la republicana, donde se pensaba que la virtud y la dignidad ciudadana habían alcanzado los máximos niveles posibles (mito que fue muy importante en la Revolución francesa). Por contraposición a estas épocas “afortunadas”, la Edad media es considerada como el prototipo de época oscura, supersticiosa, opresiva por la tiranía religiosa y la violencia señorial. Afortunadamente —se piensa— fue rota por el Renacimiento (poco conocido, no muy valorado y que queda reducido básicamente a la re-

cuperación de la antigüedad) y, sobre todo, por las nacientes culturas nacionales, que es lo que se tiende a considerar el auténtico origen de su época.

Esto se puede ver fácilmente tanto en el *Siglo de Luis el Grande*, de Voltaire, como en la *Historia de Inglaterra*, de Hume o en el orgullo de los italianos por su literatura nacional. Prácticamente sólo los grandes inventos (brújula, pólvora, imprenta) o los descubrimientos geográficos son unánimemente reivindicados como origen de la Ilustración, así como también los grandes nombres de la revolución científica: Copérnico, Kepler, Galileo, Bacon y Newton.

El capitalismo de imprenta

A finales del XVII y comienzos del XVIII, se engendran la mayor parte de los valores, las características y los conceptos básicos de la Ilustración, si bien en relación y polémica con los del siglo XVII. Precisamente en este marco de creativa transformación aparece el nuevo tipo de filósofo e intelectual moderno: el librepensador o *free thinker*, que remite tanto a “quien piensa libremente”, como a “quien piensa libre” y fuera del estricto mecenazgo de los poderosos o de las grandes instituciones tradicionales que exigían cierta obediencia ideológica: iglesia, universidades. Son libres por lo que respecta a sus opiniones, no por sus actos inmundos como insinúa la terminología peyorativa y paralela de “libertino”.

El ámbito de expresión de los librepensadores será el creciente “capitalismo de imprenta” y el naciente “mercado cultural”, que permitirán la gestación de la llamada “opinión pública”. Dentro de este marco emergente, productos como los libros, los periódicos, las revistas, los panfletos, las obras eruditas o de consulta encuentran un eco y una demanda impensables sólo un siglo antes.

Es ello una novedad mundial de gran alcance, que permite que cada vez un número más grande de pensadores pueda ganarse la vida al margen de mecenazgos, universidades, academias y pensiones estatales. Aunque a menudo desean estas prebendas y que muchas veces se deben ganar la vida con tareas bastante mecánicas (traducciones, correcciones, escribir por cuenta de otros), los librepensadores son conscientes de la importancia del pensamiento independiente y de la libertad de opinión.

Podemos ver como claros ejemplos del nuevo capitalismo de imprenta a Bayle, Defoe y Swift, que, entre muchas otras obras, editan, respectivamente, la revista *Nouvelles de la République des Lettres*, el semanario *The Review* y el periódico *Examiner*.

Meslier, Bayle, Mandeville y Defoe

Si consideramos los librepensadores más significativos del momento inicial de la Ilustración, podemos ver el paso del predominio intelectual de los Países Bajos a Inglaterra (los dos países más tolerantes a la época).

En Francia, el sacerdote Jean Meslier (1664-1729) debe vivir disimulando toda su vida. Sólo a su muerte se descubren los escritos (en los que ataca radicalmente la religión y defiende la igualdad de bienes, si bien predica la resignación) y sus verdaderas opiniones. En cambio, en Holanda, Pierre Bayle (1647-1706) populariza el escepticismo y otras opiniones heterodoxas a través de su influyente *Diccionario histórico y crítico*. En 1680, sus *Pensamientos diversos sobre el cometa* son considerados fundadores de la Ilustración porque critica las supersticiones, los milagros, el argumento de autoridad y la tradición, al mismo tiempo que se atreve a afirmar —cosa que provoca gran escándalo— que “el ateísmo no conduce necesariamente a la corrupción de las costumbres”.

Ningún problema radical tuvo tampoco el médico Bernard Mandeville (1670-1733) por sus obras panfletarias, críticas, cáusticas y satíricas de gran éxito (aunque, en parte, de circulación anónima). Nacido en Holanda pero emigrado a Londres, Mandeville es considerado el más crudo “anatomista del comportamiento humano” de su época. El caso de Defoe (1660-1731) es especialmente interesante y significativo antes del enorme éxito de sus obras más conocidas: el *Robinson Crusoe* (1719-20) y la novela picaresca, realista y de crítica social *Moll Flanders* (1722). Defoe, educado como puritano, anticatólico, antiabsolutista y partidario de Guillermo —del cual se convertirá en publicista—, fue encarcelado y expuesto durante tres días en la picota por el sarcasmo de proponer la erradicación total de los disidentes protestantes en su obra juvenil *La vía más expeditiva para los disidentes* (1702).

En la prisión escribió su *Himno a la picota*, donde dejaba clara su verdadera posición, convirtiéndose en un ídolo popular (1704). Liberado, trabajó para el gobierno proliberal como libelista, agente secreto, organizando la propaganda antirrevolucionaria y dirigiendo la censura interna. Es significativo su cambio de posición en sus escritos políticos con respecto a la alianza británica con los catalanes en la Guerra de Secesión. Por fidelidad a la política británica, deja de reclamar mantenerles el apoyo.

La gran generación británica del período fundador de la Ilustración incluye también al conde de Shaftesbury (1671-1713); Anthony Collins (1676-1729), deísta lockiano que proponía el “libre examen” de todas las afirmaciones —en especial los dogmas y supersticiones religiosas— y considera el miedo y la superstición peores que el ateísmo; el empirista idealista Berkeley (1685-1753); el influyente poeta y editor de Homero y Shakespeare, Alexander Pope (1688-1744), y especialmente Jonathan Swift (1667-1745).

Sus *Viajes de Gulliver* (1726) son una especie de antirobinson pesimista que pone de manifiesto tanto la relatividad de las ideas como la naturaleza común que hay detrás. Así el rey de Brobdingnag “quedó absolutamente boquiabierto ante la relación histórica que Gulliver le narró de los asuntos humanos durante los pasados siglos. Se exclamó que no era sino un cúmulo de conspiraciones, rebeliones, asesinatos, masacres, revoluciones, destierros, los peores efectos que podían producir la avaricia, el faccionalismo, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la idea, la locura, el odio, la envidia, la lujuria, la malicia y la ambición”.

También en 1710 Swift intuyó (como dice al *Examiner*) que los nuevos hombres verdaderamente influyentes y poderosos de su época eran “muy diferentes de todos los que conocimos antes de la Revolución (de 1688), ya que son aquellos cuya fortuna entera reside en fondos y acciones; de tal manera que el poder, que solía acompañar la tierra, se ha trasladado ahora al dinero”.

Los primeros franceses y el resto de Europa

Un poco más retrasada, más crispada, exaltada y radical en las formas (no necesariamente en los contenidos), y muy influida por los viajes a Inglaterra, aparece la primera gran generación ilustrada francesa con las obras que la dieron a conocer: Montesquieu (1689-1755) publica *Cartas persas* (1721, donde hace una hábil crítica ilustrada de la sociedad francesa de su época) y, en 1733, *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos*.

Por su parte, Voltaire (1694-1778) comienza a construirse como personaje público. Había marchado a Inglaterra después de ser zurrado por los criados de un noble –por no ser suficientemente “respetuoso”– y de haber sido encarcelado por no aceptarlo sumisamente. Publica en Londres, en 1728,

Cartas sobre los ingleses, base de las que conocemos como *Cartas filosóficas*.

Por otro lado, el Abbé de Saint Pierre escribe en 1713 una obra que apunta –por el momento aún utópicamente– hacia el futuro *Proyecto para hacer la paz perpetua en Europa* y que influirá en la obra paralela más profunda de Kant.

Si, como podemos ver, la potente Francia comienza a seguir el empuje de la Ilustración británica, en el resto de países la diferencia es muy grande. En los países germánicos, los principales filósofos tienen aún un regusto racionalista y como mirando al XVII: es el caso de Christian Thomasius (1655-1728) y de Wolff (1679-1754); pero en cambio, la filosofía moderna penetra ya en las universidades alemanas, especialmente en la nueva Universidad de Halle (creada el 1694).

Tenemos aquí una especificidad germánica, que por una parte va más retrasada en la penetración de los nuevos movimientos; mientras que por otra parte, les da cobijo institucional más rápidamente, porque a menudo los deja penetrar en las universidades. Ello hace que la *Aufklärung* sea en conjunto más académica y, como que a menudo es cultivada por pastores o hijos de pastores, se opone menos a la religión.

Del dividido mundo itálico hay que decir que ha perdido el liderazgo que tuvo hasta inicios del XVII. Hay que destacar la inclasificable figura del napolitano Giambattista Vico (1668-1744), pero su anticartesianismo y ataque a la ciencia física matemática parecen formularse, más que desde la Ilustración, desde un humanismo tardío.

Por otro lado, sin embargo, su consideración de la historia –con la cual penetra en la siguiente etapa– ha sido considerada como una anticipación de la filosofía de la historia ilustrada, pese al posible argumento en contra de su decantamiento por un movimiento cíclico en lugar de uno de progresivo.

El mundo de las artes

A principios del XVIII estamos en arte aún dentro del barroco, a pesar de que apunta un naciente neoclasicismo (fachada este del Louvre, la fachada del palacio de Versalles y el Gran Trianon).

Watteau pinta, en 1717, *Embarco para Citera* (1721-8) y William Hogarth (1697-1764), *Vida de un libertino* (1735). Se construye la escalinata de la Piazza di Spagna en Roma (1735-72) y la Fontana de Trevi. En música brillan Vivaldi, J. S. Bach, Haendel (significativamente emigrado a Londres) y Jean Philippe Rameau (1683-1764), que formula en 1722 su moderna teoría de la armonía.

La relación con la alta cultura oficial

Por el panorama cultural que acabamos de esbozar parece que ya estamos en una época predominantemente ilustrada. Sin embargo, hay que matizar mucho esta impresión, ya que los pensadores y elementos ilustrados son aún marginales en la gran cultura oficial, especialmente fuera de Holanda y de Gran Bretaña. Tampoco han entrado en las universidades, muy encerradas en sí mismas y a menudo dominadas por violentas polémicas religiosas (especialmente las contrareformadas).

Además, las universidades, al ser de tradición eclesiástica y no del todo sumisas al poder político, al usar aún el latín y al representar un modelo cultural supraestatal, ven como las nuevas monarquías absolutistas y centralistas (dentro del proceso de “nacionalización de la cultura”) favorecen nuevas instituciones de alcance estatal donde se imponen las lenguas nacionales al latín. También las monarquías imponen líneas de estudio más próximas a sus intereses, privilegiando los aspectos técnicos y científicos de posible uso militar o en la administración pública (cameralismo).

Siguiendo el modelo iniciado por Richelieu y Colbert con la Académie Française, la Académie des Inscriptions et Belles

Lettres y el College de France (creado explícitamente como alternativa a la Universidad de París), en 1666 Colbert funda la Academia Real de Ciencias de París, que publicaba el muy influyente *Journal des savants* (1665) y las *Descriptions des Arts et des Métiers*.

La Academia Real de Ciencias subordinaba la Société de Médecine (1778, que dirigía la política sanitaria nacional en contraposición a los privilegios de la Facultad de Medicina), el Observatorio (1667) y el Jardin des Plantes (donde trabajará Buffon). Colbert también crea las instituciones de saber militar como l'École Royal du Génie a Meriers, la Régie des Poudres [pólvora] y el laboratorio del Arsenal (donde trabajará el creador de la química moderna Lavoisier), l'École Royale desde Ponts et Chaussées, l'École des Mines, y toda la serie de sociedades provinciales.

Paralelamente, Luis XIV busca y destruye el famoso monasterio de Port-Royal (centro jansenista e intelectual vinculado a Pascal, Arnauld, Nicole) en 1709-1710. En política se crean las academias de París (1712, por iniciativa del ministro de Exteriores) y la de Estrasburgo (1757). De manera similar, pero casi un siglo después, en España el borbón Felipe V funda (1711) la Biblioteca Real (después Nacional), la Academia de las Ciencias y la Real Academia de la Lengua Española (1713) en Madrid, la Real Academia de Medicina de Madrid y la Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid (las dos en 1731). Como contrapartida, hay que destacar la supresión de las universidades catalanas, sustituidas por la de Cervera (1717). En Gran Bretaña, además, existe mucho interés por las cuestiones de utilidad más inmediata: Sociedad para la Mejora de la Agricultura de Dublín (1731).

Las nuevas instituciones extrauniversitarias del siglo XVIII y en el marco de la Ilustración producen importantes cambios en la institucionalización del saber. Por una parte, se rompe el

monopolio virtual que las universidades (y la Iglesia) habían tenido desde la edad media de la educación superior. Por otro lado, poco a poco la “curiosidad” pasa a ser sustituida por la idea “de investigación” planificada y se va caminando hacia el moderno instituto de investigación con estudiosos profesionales o, por lo menos, semiprofesionales.

Entre los poderosos núcleos de poder que pasan a ser indiscutiblemente generadores de nuevas formas culturales “nacionalizadas”, podemos destacar la monarquía (que ya no es un *primum inter pares* sino el núcleo del nuevo Estado-nación) y sus ministros, las academias reales y nuevas instituciones culturales estatales, y las cortes. Éstas están todavía marcadas por un fuerte ideario aristocrático; sin embargo, en adelante, caen ya bajo el absoluto poder monárquico en la “jaula de oro” de Versalles (acabado en 1708).

Las nuevas monarquías fortalecidas y centralizadoras se afanan con gran éxito en dos vertientes básicas: la unidad religiosa estatal (ya claramente iniciada en el XVII y sólo suavizada por imperativos de modernización económica, como la tolerancia de los hugonotes y otras minorías) y la constitución de una “cultura nacional” de acuerdo con las necesidades de la monarquía absolutista. Como que a menudo no encajaba con estas dinámicas, la naciente Ilustración resulta muy marginada y mira con envidia hacia las protoliberales y burguesas Holanda y Gran Bretaña –donde ya se ha incorporado más al poder y de donde se importan muchas de las ideas.

El mercantilismo, que se inicia antes de 1688, sin embargo, triunfa y se consolida plenamente en la primera mitad del XVIII; se convierte en un modelo de nacionalismo de Estado dirigido a la consolidación de la monarquía absoluta. Tanto el mercantilismo como el cameralismo germánico (un poco posterior) trataban al Estado desde la perspectiva de la hacienda monárquica pero adaptando ya una perspectiva economicista

y modernizadora (obviando en general los costes para la población de estas políticas). El principal objetivo económico y político era la acumulación de oro y plata que, además de signo de riqueza, representaba la disponibilidad financiera imprescindible para contratar los ejércitos y armas necesarios para garantizar a la monarquía el poder interior y la capacidad de competir internacionalmente.

Para lograr esta “riqueza” disponible para los objetivos políticos y militares de la monarquía, había que plantear nuevas “políticas económicas” mercantilistas como la protección nacionalista de la economía desde el Estado ya fuera promoviendo algunas industrias y ramas consideradas clave (como ya había hecho Cronwell con el Acta de navegación, la creación de compañías de indias y las industrias de gran valor añadido como las de lujo), ya fuera prohibiendo la exportación de oro y plata o la importación de las mercancías que se debían pagar con metales preciosos.

Más allá de una Ilustración burguesa y liberal

La situación real de los nuevos elementos ilustrados era mucho más difícil y compleja que lo que refleja el tópico habitual. Por lo tanto, hay que ir con mucho cuidado con el tópico que vincula totalmente la Ilustración con la burguesía. Por un lado, la mayor parte de los ilustrados no fueron burgueses ni quizá pensadores proliberales, por el otro tampoco vivieron en países liberales ni donde la burguesía tuviese mucha importancia. Una amplia mayoría vivió en “el antiguo régimen”, bajo el absolutismo y sometida a una potente clase cortesana.

Ahora bien, también es verdad que los modelos principales sociales y políticos eran Inglaterra, las Provincias unidas y –más adelante– las colonias americanas independientes, que sí que se aproximaban a este ideal. Por lo tanto, podemos decir

que el tópico se aproxima más al modelo político y social soñado que no a la realidad efectivamente vivida. Y es que una de las características clave que no se debe olvidar nunca de la Ilustración es la dualidad (que los ilustrados asumen prácticamente como natural o inevitable) entre, por una parte, la realidad social, política y cultural efectivamente vivida, y, por otro lado, el modelo o proyecto anhelados.

Esa dualidad es especialmente contundente donde la Ilustración se debe desarrollar en el seno del antiguo régimen y el absolutismo cortesano de Francia a Rusia, pasando por los países germánicos, ibéricos, itálicos y eslavos. Ciertamente, uno de los triunfos más publicitados de la Ilustración es cuando algunos de sus miembros son llamados a cortes y por los monarcas gobernantes.

Hay que reconocer, sin embargo, que tales ilustrados ejercieron poca influencia (excepto algún científico y pseudoministro) y algunas veces la estancia tuvo un “mal final” (como es el caso de Voltaire en Prusia), ya que muchos parecen llamados sobre todo para ser ostentados propagandísticamente en el interior e internacionalmente. En definitiva, la Ilustración es un movimiento de élites relativamente reducidas y poco “populistas”. Hay que recordar que Voltaire solía llamar al pueblo llano la *canaille*. Sólo algunos filósofos e intelectuales británicos tienen influencia real en el poder: Newton director de la casa de la moneda; Defoe apologista gubernamental, Hume que llegó a subsecretario del ministerio de Exteriores. Por otro lado, Berkeley es obispo y Swift decano de la catedral.

Ciertamente los librepensadores anglosajones con proyección pública pueden alcanzar cargos políticos y administrativos más importantes que no el resto, que viven más apartados de la cultura oficial. Por eso, cuando se cansan de la ajetreada vida del intelectual, los franceses tienden a retirarse a sus

propiedades (Voltaire) o con alguna protectora (Rousseau), mientras que en el mundo británico se dedican –a menudo bastante pronto– a honorables y productivas actividades públicas: Newton, Hume o, más tarde, Adam Smith, que dejará su cátedra y acabará de alto comisario de Aduanas.

Por lo que respecta al mundo alemán, la especificidad de cierta apertura de las universidades no evita una vigilancia y presión política importante (como hubieron de experimentar Wolff y Fichte, que fueron expulsados de su cátedra en la universidad). Pero el marco decisivo y característico de los librepensadores ilustrados no es ni las instituciones oficiales ni las universidades, sino el creciente mercado cultural “libre” generado alrededor del creciente capitalismo de imprenta.

LA CONSOLIDACIÓN (1723-1750)

En el período que va desde la toma de posesión de Luis XV (1723) y el inicio en 1750 de la publicación de la obra colectiva más influyente de la Ilustración, la *Enciclopedia Francesa*, hay una clara expansión de las ideas ilustradas. Se extienden en países lejanos desde Rusia a las colonias de América, donde muchas élites se incorporan al movimiento, que ahora pasa en gran medida bajo el liderazgo de la primera gran generación de ilustrados franceses (Montesquieu y Voltaire).

Pero culturalmente el mundo francés está aún dominado por Versalles, que se encuentra en su gran momento, y por el que intentan ser reconocidos prácticamente todos los ilustrados. Ciertamente, a pesar de que hay que relativizar su impacto en la gente corriente, algunos monarcas llaman a sus cortes a algunos de los filósofos ilustrados más famosos dentro de lo que se ha llamado “despotismo ilustrado”.

El despotismo ilustrado

En el segundo cuarto del siglo XVIII se inicia el gran momento del despotismo ilustrado, pero hay que desenmascarar muchos de los tópicos implicados bajo esta ambivalente expresión. Caracterizado por la consigna “todo para el pueblo pero sin el pueblo”, no esconde el autoritarismo autocrático

que a menudo puede ser tiránico, si bien ahora aplicado desde una perspectiva conscientemente modernizadora, expansiva y desarrolladora del país desde las necesidades e iniciativa del Estado.

Que es un “despotismo” no escapa a la percepción de los filósofos y por ejemplo Voltaire dice que en la Prusia del “ilustrado” Federico II había encontrado “un número prodigioso de bayonetas y muy pocos libros”, mientras que Diderot dedica a Federico II el escrito de 1771, que nunca publicará, *Páginas inéditas contra un tirano*. Pero también saludan con confianza y a menudo con entusiasmo la creciente conciencia de los autócratas de que su prestigio e importancia internacional dependen en gran medida de su capacidad para modernizar y desarrollar económicamente su Estado.

Es por eso por lo que, a pesar de las enormes limitaciones de racionalidad administrativa, logística y burocrática del antiguo régimen, consideramos el “despotismo ilustrado” como un incipiente estadio de desarrollo de la “biopolítica” ejercida por los estados modernos. No en vano es en este momento y contexto que la política comienza a ocuparse como tarea primordial de la salud y la higiene públicas (fomentando el alcantarillado, la salubridad y el primer alumbrado de las grandes ciudades, desecando pantanos y zonas insalubres) ampliando y mejorando el sistema de comunicaciones (carreteras, puertos, canales, diligencias y correos), creando una policía que garantice el orden civil, estableciendo las modernas prisiones, escuelas y hospicios, o fomentando la industriosisidad y alfabetización popular (leyes de pobres).

En consecuencia, por una parte se amplía considerablemente el poder efectivo de los reyes y de los estados (incluyendo los protoliberales como el británico) que son cada vez más capaces de condicionar y disciplinar la vida cotidiana de sus súbditos.

Por otro lado, sin embargo, también se ven obligados (para no quedar retrasados con respecto a otros países) a usarlo racionalizando y aumentando la eficacia de la Administración; fomentando el progreso económico, cultural y educativo, y ganándose la adhesión del pueblo.

Seguramente, fue la eficacia en la guerra el elemento decisivo que impulsó los planteamientos políticos ya que, a partir de la “revolución militar” de las armas de fuego, el poder militar dependía cada vez más de una financiación potente pero al mismo tiempo segura y constante, y por lo tanto de la racionalización de la Administración y del desarrollo de los países. Fue eso, mas que no la pretendida “tolerancia”, “ilustración” o “buena voluntad de los gobiernos”, lo que hizo que prácticamente todas las grandes potencias europeas (tanto dinásticas como parlamentarias) se afanasen en algún grado a modernizar los países y racionalizar la Administración.

Todo ello fue paralelo a la disciplinación de la sociedad desde la “razón de Estado”, que era un rasgo común tanto del mercantilismo como del cameralismo, el despotismo ilustrado y la fisiocracia.

La necesidad de una nueva política

El término “cameralismo” expresa la vinculación directa con la “cámara” del rey y designa la teoría política racional e integrada que –dentro de un enorme intervencionismo– aúna conjuntamente el gobierno político, económico, administrativo y financiero de los estados dinásticos “absolutistas” alemanes. Precisamente para dotarse de consejeros o funcionarios adecuados, primero Austria y después Prusia y demás estados alemanes crearon cátedras de “ciencias camerales”, siendo las primeras en 1727 las universidades de Frankfurt, del Oder y de Halle. A partir de la segunda mitad del XVIII, el camera-

lismo dejará de ser una ciencia unitaria al dividirse en órganos especializados los varios ámbitos del gobierno que darán origen a las posteriores ciencias del Estado: economía política, diplomacia, etc.

El segundo cuarto del XVIII es un momento de toma de conciencia por parte de las élites gobernantes más receptivas de la necesidad de que la política pasase a centrarse en el desarrollo económico y tecnológico, en la modernización administrativa y social. Por eso, se llevan a cabo reformas administrativas muy similares en contextos políticos y sociales muy diversos. A menudo se imitan a pesar de las diversidades estructurales: muchas británicas se extienden a Francia y más allá, representando una gran novedad en el este europeo —mucho más retrasado socialmente— y en España. Otras reformas, en contra de lo que puede parecer, viajan en dirección contraria, ya que aportaciones de las potencias dinásticas (por ejemplo del cameralismo) son incorporadas en la Europa atlántica.

Ahora bien, las consecuencias modernizadoras y racionalizadoras son diversas y progresivamente más débiles según los diferentes ámbitos. En una gradación aproximada podemos ver que el impacto se va reduciendo, desde el ejército, el gobierno y la burocracia central, hacia las administraciones provinciales y locales, y, finalmente, hasta las condiciones de vida del pueblo. Aquí son poco perceptibles, ya que las élites dominantes son las primeras y grandes beneficiarias del esfuerzo de modernización y racionalización.

Por eso este proceso prosperó o se detuvo e, incluso, retrocedió según los intereses de las élites. En situaciones de crisis y en la guerra la modernización y racionalización hizo grandes avances, en cambio, se bloqueaba totalmente cuando la élite intuía que podía perder parte de su dominio si continuaba la modernización. Por eso también es muy ambivalente

la acogida de los grandes pensadores ilustrados en las cortes del XVIII: por una parte, se les llama y ensalza presuponiendo que sus ideas pueden tener un gran valor para el Estado y la élite, pero muy a menudo se rechaza, expulsa o por lo menos obvia cuando se percibe que sus propuestas no van por donde interesa.

La nueva política del despotismo ilustrado refuerza la administración y la burocracia, se uniformizan leyes y costumbres; donde no se había hecho ya, se impone un idioma como el propio del Estado (por ejemplo, José II impone el alemán al Imperio austríaco) y se desarrollan las escuelas y universidades al servicio del Estado. También se elimina el parlamentarismo francés y las instituciones intermedias: Federico II suprime la Dieta prusiana, María Teresa lo comienza a hacer y lo culmina José II, lo mismo hace Caterina de Rusia y Carlos III se ganará el epíteto centralista de “el alcalde de Madrid”. Paralelamente se crean los grandes ejércitos “nacionales”: en 1780 el de Prusia llegará a los 200.000 hombres.

Toda esta nueva organización requiere más ingresos fiscales: de aduanas, de impuestos indirectos y de monopolios. Por eso los países que no logran una saneada reforma fiscal y de la hacienda pública vivirán sucesivas bancarrotas (muy generalizadas, incluyendo Francia y de las cuales solo se librará la más modernizada Gran Bretaña).

Se trata de cambiar y de modernizar la sociedad desde arriba, pero pronto se mostraron los límites porque, a parte del mundo anglosajón, se quiso hacer sin un suficiente compromiso de las élites territoriales y el pueblo, y sobre todo sin tener en cuenta las complejas necesidades sociales. A pesar de que había un positivo interés “para el pueblo” (quizá mejor dicho para la potencia del Estado), se hizo demasiado “sin el pueblo” y sin conocer las complejas dinámicas sociales, limitando mucho los éxitos.

A pesar de los valiosos esfuerzos para hacer carreteras, canales y puertos y para fomentar la agricultura, el comercio y las industrias, las mejoras fueron bastante limitadas por que las reglamentaciones eran muy rígidas (se usaban mucho los monopolios) y los beneficios directos iban a parar siempre a los próximos al poder.

¿Se impone la Ilustración francesa?

En el segundo cuarto del XVIII parece imponerse la Ilustración francesa por encima de la británica, pero dos consideraciones nos deben permitir ahondar en esta percepción. Por una parte, significativamente la primera generación ilustrada francesa (singularmente sus tres grandes miembros: Montesquieu, Voltaire y Prevost) se caracterizan por haber viajado a Gran Bretaña y haberse fascinado con ella por lo que la adoptaron como modelo y absorbieron muchas ideas.

Así, el sistema político parlamentario inglés y las ideas de Locke están en la base de la famosa separación de poderes defendida *Sobre el espíritu de las leyes* por Montesquieu (1689-1755). Esta importante obra es escrita a partir de 1734 pero no se publica hasta 1748.

Por otro lado, Voltaire (1694-1778) alcanza ahora su verdadero impacto popular al retornar de Inglaterra. Mantiene una profunda relación con Madame du Châtelet e introduce el newtonianismo en Francia con su obra *Elementos de la filosofía de Newton*. Por su parte, el abad Prévost (1697-1763), no pudiendo resistir el celibato, huye a Gran Bretaña, donde se hace famoso escribiendo la truculenta historia de *amour fou* entre *Manon Lescaut* y el caballero *Des Grieux* (1731). El caballero dice: “La felicidad que yo espero es próxima y la vuestra (del ascético amigo Tiberge) es lejana; la mía es de la misma naturaleza que las penas, es decir, sensible al cuerpo, y la otra es de

naturaleza desconocida que sólo es cierta por la fe”. De vuelta a Francia en 1734, Prévost fundó y dirigió un diario dedicado al acercamiento británico y francés.

El entorno de Hume

Por otro lado, la Ilustración británica continúa teniendo durante el segundo cuarto del XVIII grandes pensadores como el teórico del sentido moral, Francis Hutcheson (1694-1746), el anglicano americano Samuel Johnson (1696-1772) y el fisiólogo asociacionista y relativamente materialista David Hartley (1705-1757). Además, continúan produciendo Swift, Berkeley y Pope, y se va abriendo camino, a pesar de no ser suficientemente reconocido, David Hume. Su *Tratado de la naturaleza humana* prácticamente no fue valorado, pero sí su primera recopilación de *Discursos* (1742) y la segunda, *Discursos políticos* (1751). Sintetizó y separó los contenidos de su *Tratado* en libros independientes: *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748), *Investigación sobre los principios de la moral* (1751) y un escrito más breve sobre las pasiones. Su escepticismo (que Hume siempre definió como moderado y no pirroniano, pero que le aparta totalmente de otros empiristas como Locke o Condillac) provocó un intento fracasado de excomuniación en 1755 y su renuncia al cargo de bibliotecario de la Universidad de Edimburgo.

El mundo germánico y otros países

En el segundo cuarto del XVIII, la Ilustración comienza a penetrar en otros países. Ciertamente en el mundo germánico cuesta considerar como “auténticos ilustrados” al deísta wolffiano Reimarus (1694-1768) o el poeta y crítico afrancesado Johann Christoph Gottsched (1700-66).